

Ateneo: Final de una Jornada

Por Eladio Rodríguez Otero

(Nota de Redacción: Palabras finales del Presidente del Ateneo Puertorriqueño, ante la asamblea anual de socios celebrada el 16 de junio).

Mucho se ha hablado durante estos últimos ocho años de las obras que han ido transformando el edificio del Ateneo; de la restauración y enriquecimiento de su colección de obras de arte; del resurgimiento de su histórica biblioteca; del crecimiento de la matrícula.

Pero vistas en su adecuada perspectiva, todas esas realizaciones —a pesar de su indiscutible importancia dentro del plan de revitalización institucional— son realmente secundarias si las comparamos con el mayor de los logros obtenidos: la reafirmación del Ateneo como centro dedicado a los altos valores de la cultura, de la patria y de la libertad.

No creo necesario subrayar que el Ateneo no es, ni un edificio, ni una biblioteca, ni una colección de obras de arte. El Ateneo es una idea trascendente que reúne a un grupo de hombres y mujeres para mantener en alto unos valores morales y culturales que ayudan a ennoblecere y a dar sentido a nuestro paso por esta vida.

Desde que a mediados del siglo XIX surgió en Europa este tipo de institución, hasta los modernos ateneos, la idea rectora de estas sociedades ha sido la de acercar al hombre a las más altas expresiones de la cultura dentro de un ámbito de verdadera libertad. Esto es particularmente cierto de los ateneos españoles e hispanoamericanos. Se establecieron para hacer posible el acercamiento y la confraternización de los hombres que cultivan o favorecen las más refinadas manifestaciones del pensamiento y del arte, y para difundir su conocimiento en la sociedad.

El Ateneo de Madrid —que sirvió de modelo al nuestro— fue durante largos años ejemplo del más depurado quehacer cultural europeo. Por eso pudo decir André Maurois, a principios de este siglo, que el Ateneo de Madrid, junto con la Sorbona y Oxford, eran los tres centros de mayor sensibilidad cultural de Europa.

En este Ateneo se realizó el milagro de la civilizada convivencia de monárquicos —isabellinos y carlistas—, conservadores y clericales, con republicanos, socialistas, liberales y anticlericales. Y es que los exponentes de estas ideologías, cuando entraban por las puertas del Ateneo, deponían las ásperas actitudes predominantes en la vida política y daban paso, en el trato con los oponentes, al sentido de respeto y civilidad que siempre debieran ser inseparables a la condición de hombre.

Para hacer resaltar la grandeza intelectual y moral del Ateneo de Madrid bastará con señalar un solo hecho. El rey Alfonso XIII expresó su deseo de hacerse socio y así se lo comunicó a la Junta de Gobierno, compuesta entonces en su mayor parte por los más destacados partidarios de la república. La Junta resolvió que si el Rey

deseaba ingresar como socio tenía que cumplir con todo el trámite reglamentario, al igual que cualquier otro aspirante.

El Rey accedió y llenó su solicitud, en la cual consignó que su nombre era Alfonso de Borbón y Habsburgo; ocupación, rey, y su domicilio, el Palacio de Oriente, en Madrid. No se le acordó ninguna posición de honor. La única deferencia que tuvo con él la Junta —atendiendo a la discreción y comedimiento del monarca— fue asignarle un número especial de socio, el 7777.

No faltaron espíritus acres e inciviles dentro de la matrícula del Ateneo —como el notable escritor don Ramón del Valle Inclán— que en cada asamblea anual de socios se complacía en proponer la expulsión de Alfonso XIII del Ateneo de Madrid, alegando que no poseía los requisitos intelectuales para ser miembro de la Docta Casa. Pero la caballerosidad y el buen juicio de la gran mayoría de los republicanos que dirigían la institución se impuso siempre sobre el fanatismo y los exabruptos del pequeño grupo que pedía dar de baja al socio número 7777. Y cuando Alfonso XIII marchó en 1931 al exilio, partió de España sin haber dejado de ser socio del Ateneo de Madrid.

En esa escuela de caballeros se formó nuestro fundador, Manuel Elizaburu Vizcarrondo, al calor del noble ejemplo de su tío, el ilustre patriota puertorriqueño Julio de Vizcarrondo y Coronado. Y a poco de regresar a su patria estableció este Ateneo, inspirado en los mismos principios de convivencia y de respeto a la expresión de las más disímiles ideas. Este principio ha sido, desde su fundación hace 99 años, el pensamiento rector del Ateneo Puertorriqueño. Es ese pensamiento el que ha permitido que hayan ocupado la presidencia de esta Casa personalidades de ideologías tan discrepantes como Manuel Quevedo Báez y José Gómez Brioso, José de Diego y Emillo del Toro Cuebas. Personalidades que presidieron con la ecuanimidad, ponderación y equilibrio necesarios, para la buena marcha de una sociedad que tiene por divisa la defensa de la Patria y su Cultura pero que reúne en su matrícula a todos los matices del pensamiento político y social de Puerto Rico.

Lo más importante, pues, de la labor de los últimos ocho años ha sido la reafirmación de los principios fundamentales que desde su creación han servido de guía a esta Casa y sin cuya vigencia la misma hubiese dejado de existir.

Todos sabemos que esta lucha por no rendir el Ateneo a las fuerzas del fanatismo y la intolerancia no es un fenómeno exclusivo, ni de esta institución, ni de Puerto Rico. Nos ha tocado vivir tiempos muy angustiosos y en muchos sentidos contradictorios. Mientras en el ámbito religioso se da por terminada una época y se inicia otra, basada en la concordia y el mutuo respeto, en la esfera política se desencadenan inmisericordemente las fuerzas del odio y del terrorismo, tanto en las guerras internacionales como en las pugnas internas de las naciones.

Vivimos tiempos que ponen a prueba nuestra

fe en el triunfo final de la democracia y en todos los valores que ella encierra, principalmente en el respeto que se debe a la suprema dignidad del hombre. Ninguna institución ha quedado fuera de esta trascendental lucha entre la democracia y los que creyéndose en posesión de la verdad absoluta en el orden económico y social, pretenden imponer esa supuesta verdad mediante el empleo del terrorismo psicológico representado por las injurias, los insultos y los vejámenes, y en última instancia, de la fuerza bruta.

Los ateneos son, quizás, la más refinada expresión del espíritu democrático. La lucha que hemos venido librando con éxito por la supervivencia de ese espíritu en nuestro Ateneo afortunadamente comprueba que es cierto lo que hace poco dijera el notable escritor y miembro de nuestra Junta de Gobierno, don Salvador Tlío: "En el alma de Puerto Rico nadie grabará consignas destructoras de la libertad".

Nos adentramos, por lo tanto, en el año del centenario de la fundación de esta Casa, con la más preclara realización que pudiésemos ofrecer a los hombres y mujeres que fundaron este Ateneo, a todos los ateneístas que nos precedieron y a los que habrán de sucedernos como directores y socios de la Docta Casa. Esta preclara realización es el haber mantenido la institución como ellos la concibieron y encauzaron, como centro de alta cultura, puertorriqueña y universal; como tribuna libre a la expresión responsable de todas las manifestaciones del pensamiento; como recinto de tolerancia y de respeto en la discusión de las ideas; como lazo de unión de la gran familia puertorriqueña.

Las puertas del Ateneo están abiertas para todos. Como dije en la memorable asamblea del pasado 21 de marzo, su tribuna está a la disposición aun de aquellos que intentan destruirla para transformarla en instrumento exclusivo de agitación y propaganda de su particular ideología. Cuando las aguas regresen a su nivel; cuando se hayan apagado las pasiones; cuando exista distancia suficiente para otear las perspectivas; entonces, los que por momentánea ceguera no pueden reaccionar ahora con la ecuanimidad que debe esperarse de ellos, retornarán a esta Casa, recinto firme e indestructible de tolerancia y de libertad, y serán acogidos en ella con los brazos abiertos.

No quiero finalizar estas palabras sin antes expresar a nombre de la Junta de Gobierno y en el mío propio, nuestra profunda gratitud a todos ustedes, socios de la Institución, que han dicho presentes en este momento, probablemente el más difícil que ha vivido esta Sociedad durante su larga historia. A ustedes se debe que el Ateneo no haya perecido en tan prolongada y enconada lucha. Y el noble ejemplo que han dado contribuirá sin duda a lograr que el pueblo puertorriqueño salga finalmente victorioso de la batalla que en estos momentos libra por conservar su estilo de vida civil y democrático ante las fuerzas destructoras del fanatismo, la intolerancia y la violencia.